

# “El poder de la Literatura”

Lección magistral impartida por Pedro C. Cerrillo  
en el acto de inauguración del curso académico de la Universidad Española,  
presidido por SS.MM. los Reyes de España

UCLM, 2014



Ediciones de la Universidad  
de Castilla-La Mancha

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación solo puede ser realizada con la autorización de EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© de los textos: Pedro C. Cerrillo.

© de la edición: Universidad de Castilla-La Mancha.

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Director: Juan Antonio Mondéjar Jiménez

Colección Ediciones Institucionales nº 107

1ª Edición. 500 ejemplares

Diseño: Ana Angélica Moreno. [www.elperchero.es](http://www.elperchero.es)

ISBN: 978-84-9044-091-9

D.L.: CU 197-2014

Impresión: Trisorgar

Impreso en España (U.E.) – *Printed in Spain (U.E.)*

# • “El poder de la Literatura” •

Lección magistral impartida por Pedro C. Cerrillo  
en el acto de inauguración del curso académico de la Universidad Española,  
presidido por SS.MM. los Reyes de España

Fábrica de Armas, Toledo, 30 de septiembre de 2014  
Universidad de Castilla-La Mancha

UCLM, 2014



Ediciones de la Universidad  
de Castilla-La Mancha



*Majestades. Rector Mgfc. de la Universidad de Castilla-La Mancha, Sra. Presidenta de nuestra comunidad autónoma, Sr. Ministro de Educación, Rectores Mgfcos., Rector Honorario y equipo rectoral de la UCLM, autoridades, compañeros profesores y de administración y servicios, señoras y señores...*

Permítanme, en primer lugar, transmitir mi agradecimiento a nuestro Rector y a su equipo por haber pensado en mí para impartir esta lección. Es un honor para mí y mi familia hacerlo en la ciudad de las tres culturas y ante los Reyes de España. En estos 40 años de dedicación universitaria he intentado transmitir el valor y el poder de la literatura a muchos estudiantes: no podía, pues, hablar aquí de asunto diferente.

### **El poder de la Literatura**

¿Por qué venteros, y duques, y pastores..., gentes de diverso linaje, saludaban gozosos a Don Quijote cuando les hablaba de caballeros andantes, cuevas encantadas o retablos mágicos? Es fácil pensar que para reírse de él, pero también, como dice Martín Garzo (2014: 33) “porque algo les decía que las bellas locuras que escuchaban de sus labios ocultaban viejas verdades olvidadas por los hombres”.

La literatura no puede cambiar el mundo, pero sí a las personas, y estas, con sus acciones, pueden ayudar a hacer un mundo mejor, más solidario, libre y justo. Si la literatura no tuviera la capacidad transformadora de provocar en los lectores emociones o respuestas nunca vividas, los dictadores no la hubieran visto como un peligro y una amenaza para su poder. La historia de la humanidad está llena de momentos en que libros, autores y lectores han sido censurados, perseguidos o encarcelados. Censuras evidentes (prohibiciones expresas de libros por diversos motivos); y, también, censuras soterradas (consecuencia de omisiones, ocultamientos y olvidos deliberados).

● 5

Quienes cercenan las libertades de las personas dictan órdenes de prohibición de libros más pronto que tarde, porque saben que la lectura aporta al lector criterio propio, capacidad para el juicio crítico, conocimiento del mundo. Por eso, no dudan en utilizar

recursos y estrategias que les permitan silenciar o prohibir libros, o perseguir y condenar a escritores y lectores.

Dice Alberto Manguel (1998: 136) que “la historia de la lectura se ilumina con una hilera, en apariencia interminable, de hogueras encendidas por los censores, desde los rollos de papiro más antiguos hasta los libros de nuestro tiempo”. Quemadas y destrucciones de libros, así como persecuciones de escritores, han sido constatadas en el pasado en China, en Egipto, en Grecia, en el Imperio Romano (...) Es cierto que muchas de aquellas antiguas destrucciones se hicieron más por ignorancia que por ánimo censor.

Pero también es cierto que la máxima, quizá nunca escrita, que dice que “los libros de mis enemigos son mis enemigos” se ha cumplido con notable exactitud en muchos momentos de la historia. Uno de los ejemplos más significativos es el de la Gran Biblioteca de Alejandría (fundada en el siglo III a.C., que albergó casi un millón de manuscritos), que fue completamente destruida 500 años después por los saqueos ordenados por Aureliano, primero, y por Diocleciano, luego. Bastantes años antes ya había sufrido otro expolio cuando Julio César (48 a.C.) ordenó un incendio que minara la flota enemiga, pero el fuego, avivado por el viento, alcanzó la biblioteca, desapareciendo miles de originales (entre ellos, textos de Homero e Hipócrates, o algunas de las mejores tragedias de escritores griegos). En la Roma anterior a Cristo, la censura era algo habitual tanto allí como en los territorios conquistados: en Cartago, Publio Cornelio Escipión (siglo II a.C.) ordenó la destrucción de los libros escritos en cualquier lengua que no fuera el griego.

En la antigüedad, la religión fue motivo para la destrucción de libros. Durante el periodo de las persecuciones contra los cristianos, el emperador Galerio Maximiano, a principios del siglo IV, ordenó que los textos de los profetas fueran quemados. Poco después, cuando el cristianismo se proclamó religión oficial del Imperio, el paganismo fue perseguido, incluyendo en la persecución los textos que no respondían al ideario cristiano. Algo parecido ha sucedido con musulmanes o judíos.

De todos modos, las censuras (en la forma en que se puedan producir) se “institucionalizaron” con la implantación de la imprenta, apareciendo las primeras listas de libros prohibidos. Al poco tiempo de difundirse el invento de Gutenberg por buena parte de Europa, la Iglesia Católica obligó, en los territorios en que su poder se imponía, al conocido “nihil obstat” en todas las publicaciones, es decir la aprobación expresa por parte de la autoridad eclesiástica; de lo contrario, el autor y el editor podían ser excomulgados. Proliferaron los índices de libros prohibidos elaborados por universidades europeas (Venecia, La Sorbona, Lovaina, Siena, Salamanca). Roma creó en 1559, bajo control de la Inquisición, el *Index Librorum Prohibitorum et Expurgatorum*, en el que estuvieron incluidos, entre otros y en diversos momentos, Erasmo, La Fontaine, Montesquieu, Copérnico, Zola o Balzac. Aquel *Índice* –cuyos responsables prohibían libros completos o eliminaban pasajes que consideraban perniciosos para la autoridad–, se editó en diferentes ocasiones durante casi cuatrocientos años; la última edición, vigente hasta 1966, incluía todavía la prohibición de leer, bajo pena de excomunión, a Spinoza, Voltaire, Colette, Graham Greene o Sartre, entre otros. El objetivo de aquellas primeras censuras institucionalizadas fue religioso, pero, casi desde el primer momento, se extendieron a la literatura popular impresa de asuntos profanos: de otro modo no podríamos explicar que en el índice de libros prohibidos del inquisidor Fernando de Valdés (1559) se incluyeran varios libros de juegos, entre ellos el atribuido a Lorenzo Spirito *Libro del juego de las suertes*, editado en 1528, en el que se hacían preguntas sobre aspectos de la vida, respondidas en tono de burla y con finalidad de puro juego; también incluyó Valdés en su índice obras de otro Valdés, el conquense Alfonso de Valdés, así como de Torres Naharro, Juan del Enzina o el *Lazarillo de Tormes*. En aquellos años de prohibiciones de libros y autores en España, la censura incluso intervino contra escritores religiosos como Ignacio de Loyola o Fray Luis de Granada.

● 7 Hay muchos otros casos de prohibiciones y persecuciones de libros, editores y escritores, mucho más recientes y en diversos lugares que nos hacen pensar en el poder que sigue teniendo la literatura. Citaré algunas de ellas:

– La noche del 10 de mayo de 1933, los componentes de la Asociación de Estudiantes Alemanes, de ideología nazi, saquearon la biblioteca de la Universidad “Humboldt” de Berlín, quemando más de veinticinco mil libros “sospechosos” de ser antialemanes, entre otros títulos de Freud, Hemingway, Proust o Brecht. Aquella misma noche, los nazis quemaron libros en más de veinte ciudades alemanas: Bonn, Dortmund, Frankfurt, Munich, Kiel... Estos hechos se sucedieron posteriormente en ciudades polacas o francesas, llevando a la hoguera libros de los autores antes mencionados, así como algunos de otros que dedicaron parte de su talento literario a escribir para niños o jóvenes, como Wells o Jack London.

– A partir de 1937, pocos meses después de iniciada la Guerra Civil española, los primeros gobiernos franquistas revisaron las bibliotecas y las diezmaron, prohibiendo obras de Goethe, Merimée, Gandhi, Thomas Mann o Rabelais, y de escritores españoles (Quevedo, Pardo Bazán, Galdós, Baroja, Blasco Ibáñez, Azorín, Unamuno o Lorca), en las que es difícil encontrar motivos políticos o ideológicos que “justificaran” esa censura. Pero también antes de la Guerra Civil se produjeron atentados contra los libros, propiciados por las dos ideologías que se contraponían: en mayo de 1931, el anticlericalismo y la intransigencia de grupos anarquistas les llevó a quemar varias bibliotecas de conventos, destruyendo numerosos catecismos y libros religiosos; un poco más tarde, en octubre de 1934, el fracaso de los movimientos populares en Asturias provocó una dura represión del gobierno, que ordenó la quema de libros de bibliotecas de ateneos, sindicatos o casas del pueblo.

– A mediados del siglo pasado, el senador norteamericano McCarthy propició delaciones, denuncias sin fundamento jurídico y procesos irregulares, y difundió listas “negras” de personas sospechosas de ser comunistas, lo que desembocó en el conocido periodo de la “caza de brujas” en Estados Unidos (1950-1956), con persecuciones que afectaron también a los libros; Roy Cohen fue un abogado judío que colaboró con el citado senador inspeccionando las bibliotecas que los norteamericanos tenían en diversos países europeos, y comunicando el descubrimiento en ellas de libros sospechosos de

“procomunismo”: sus denuncias afectaron a obras de Mark Twain, Arthur Miller o, incluso, a *Moby Dick* de Melville.

– En la China de Mao, la doctrina del *Libro Rojo* (1966) sirvió para desterrar de las bibliotecas magníficos libros, como el *Ulises* de Joyce o *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller. Al respecto, es significativa la historia de la novela *Balzac y la joven costurera china* (Sijie, 2001), en la que dos jóvenes chinos descubren una maleta llena de literatura prohibida; al abrirla, los jóvenes sienten que entran en contacto con otras vidas, manifestando su rechazo a quienes les han prohibido leer esos libros de Balzac, Dumas o Stendhal, en los que conocerán un mundo lleno de poesía y de pasiones hasta entonces desconocidas, haciendo ciertas las palabras de Juan Mata (2004: 73): “Leer y escribir a escondidas es el principal consuelo. La forma más sutil de resistencia (...)”

– En 1986, Pinochet prohibió el *Quijote* en Chile porque veía en él una defensa de la libertad inconveniente para sus intereses de dictador gobernante. El mismo año ordenó quemar en la ciudad de Valparaíso quince mil ejemplares del libro de García Márquez *Las aventuras de Miguel Littin clandestino en Chile*. Con anterioridad, se habían prohibido las obras de Pablo Neruda y se habían quemado otros libros, algunos sobre el Cubismo, porque algún avisado censor lo asociaba a Cuba.

– En 1989, el ayatolá Jomeini proclamó un edicto contra el novelista Salman Rusdhie y sus *Versos satánicos*. En 1996, el novelista iraní Abbas Maroufi fue azotado en público y encarcelado, supuestamente por escribir en desacuerdo a los postulados religiosos imperantes. Otras prohibiciones recientes son las de *Las mil y una noches* en Egipto, *El código da Vinci* en Líbano o *Hamlet* en Etiopía. ¿Las razones? Para qué mencionarlas. Sirva como ejemplo que *Dónde está Wally*, un juego visual presentado en formato de libro, fue retirado de varias bibliotecas de Michigan y Nueva York por “contener cosas sucias”: efectivamente, tras mucho mirar con lupa se veía una imagen microscópica de una playa con una señora haciendo “topless”.

– Ya en el siglo XXI (el 13 de abril de 2003), tras la ocupación estadounidense de Iraq, vimos en televisión cómo ardía la Biblioteca Nacional de aquel país, que albergaba algunos

de los libros más raros del mundo; también ardió la Biblioteca Islámica, en la que había miles de ediciones del Corán, incluido el ejemplar más antiguo que se conocía. Y modernos censores, abanderando la ortodoxia de determinadas ideas, elaboran sus listas de libros prohibidos y escritores perseguidos, a los que, incluso, sentencian a muerte: Omhar Pamuk es objetivo de los fundamentalistas islámicos; Roberto Saviano de la Camorra napolitana.

La arbitrariedad y la impertinencia de todas las censuras han afectado en el siglo XX también a la literatura para niños y jóvenes (en adelante LIJ). Cuando el presidente constitucional de Brasil, Getulio Vargas, dio un autogolpe de estado para instaurar un gobierno de extrema derecha que reprimiera los avances de los partidos de izquierda, en 1937, la primera edición de la novela juvenil de Jorge Amado, *Capitanes de la arena*, fue quemada en la plaza de la localidad de Bahía por los censores del llamado Estado Novo, porque veían en aquel relato sobre la dura vida de los chicos brasileños sin hogar un peligroso vehículo de ideas progresistas.

Las dictaduras vividas en Italia y Alemania durante los gobiernos de Mussolini y Hitler afectaron a la LIJ, no solo porque hubo prohibiciones directas de determinados libros, sino también porque ciertas editoriales eran “castigadas” con la retirada de sus cupos de papel. También en el caso de las dictaduras vividas en países comunistas (la antigua URSS, Polonia, Hungría, Cuba,...), la LIJ ha sido utilizada como un poderoso elemento de ideologización, por medio del que se falseaba la historia o se transmitían las ideas que el régimen defendía. En la dictadura argentina de Videla ciertos libros infantiles fueron prohibidos y sus autores perseguidos por “exceso de fantasía”, en unos casos, o porque eran vistos como un elemento perturbador para la infancia y la adolescencia, en otros: *El árbol de Bartolo* (de Laura Devetach) o *Un elefante ocupa mucho espacio* (de Elsa Bornemann), entre otros, y, junto a ellos, libros de autores de otros países y otras épocas, como *El principito* de Saint-Exupéry.

La estulticia del censor le lleva a prohibir la lectura de libros de un escritor por el hecho de que se ha exiliado de su país: sucedió en 1945 en España, cuando el gobierno franquista ordenó la retirada de todos los ejemplares del libro *Celia institutriz en América*, de Elena Fortún, exiliada en Argentina. La misma estulticia llevó a prohibir, a fines del

pasado siglo XX, una versión de la *Caperucita* de Perrault en escuelas de municipios de California porque en la cesta que la niña llevaba a su abuela, además de tortas, había una botella de vino.

En LIJ, como en el resto de la literatura, han existido y existen censuras “soterradas”, debido a que quienes dirigen la educación de los niños se muestran, a veces, más preocupados por controlar la información que se les transmite o los conocimientos que se les enseñan, que por su formación integral como personas, en la que el desarrollo de un pensamiento propio debiera ser más importante que ciertos aspectos morales o doctrinales que se les imponen. Esas censuras tienen parte de su sustento en la consideración de la infancia como una etapa de inocencia que deber ser preservada y protegida de ciertos temas y usos del lenguaje del mundo adulto, al modo en que actuaron los ilustrados del siglo XVIII. Por fortuna, la LIJ actual trata temas y argumentos hasta hace poco impensables, porque es el mundo lo que está en los libros: el mundo que somos y que tenemos, con tristezas, injusticias, peligros, miedos o conflictos, que forman parte de la vida cotidiana de millones de personas; libros como *Nana vieja* (Margaret Wild), *El hombrecillo de papel* (Fernando Alonso), *La composición* (Skármeta), *Mi amigo el pintor* (Lygia Bojunga), *Cuando Hitler robó el conejo rosa* (Judith Kerr) o *Maíto Panduro* (Gonzalo Moure) hablan hoy a los niños de la muerte, la guerra, las dictaduras, el suicidio, las persecuciones o la intolerancia, en un lenguaje literario serio, hermoso y asequible a sus capacidades comprensivas.

El cuidado ante ciertos temas provoca la autocensura de algunos escritores y las presiones institucionales o sociales para silenciar determinados libros: son las censuras soterradas a que antes aludí. Veamos algunos casos. La *American Library Association* difunde cada año una lista con los diez libros que tienen más peticiones de que sean retirados de todas las bibliotecas públicas de los Estados Unidos, en una censura soterrada ejercida por instituciones o asociaciones de diverso tipo. Sorprende un poco que el libro con más denuncias, desde hace ya unos años, es un libro infantil, *And tango makethree (Tres con Tango)*, de Justin Richardson, un conmovedor álbum ilustrado en el que se cuenta la historia real de dos pingüinos machos del zoo de Nueva York, a los que dieron un huevo

para empollar y que, tras el nacimiento del polluelo (la pingüina Tango) se comportaron como una familia tradicional. Esta moderna censura se ampara en objeciones de posible discriminación racista o religiosa, o en la más que discutible apología de la obscenidad o la violencia: es una sofisticada censura que no prohíbe explícitamente los libros, pero que los relega a estanterías inaccesibles de bibliotecas. Libros objetados en los últimos años en bibliotecas de los Estados Unidos, con argumentos absurdos o mojigatos, han sido *La cocina de noche* (de Sendak), porque un niño aparece sin ropa; *La maravillosa medicina de Jorge* (de Dahl), porque se usan productos para la preparación de brebajes; *El guardián entre el centeno* (de Salinger), por la rebeldía manifiesta del adolescente protagonista; *Oliver Twist* de Dickens, por la protesta de asociaciones de padres de la ciudad de Brooklyn que consideraban que la historia de Oliver “violaba el derecho de sus hijos a recibir una educación laica”; incluso *La Bella durmiente*, por ser una historia violenta que puede causar susto en los niños.

Hay, por desgracia, muchísimos más casos: en los Emiratos Árabes Unidos, *Harry Potter y la piedra filosofal* fue censurado porque las autoridades veían en él una defensa de los valores de la brujería; en la provincia china de Hunan fue prohibido *Alicia en el País de las Maravillas* porque le daba a los animales cualidades humanas que les permitían actuar como personas; *James y el melocotón gigante* de Roald Dahl fue censurado en diversos países con el argumento de que podía favorecer el ejercicio de la violencia, y de que usaba un lenguaje inapropiado para los niños.

En este tercer milenio en que vivimos las sociedades tienden a infravalorar los estudios y saberes humanísticos, enfrentándolos a un malentendido pragmatismo que desprecia el enriquecimiento espiritual y cultural que pueden aportarnos la historia, la filosofía, el arte, la música o la literatura y, con ellos, el conocimiento y la comprensión del mundo y del hombre. Dice Adela Cortina (2013: en línea) que lo que da sentido a las humanidades y un valor social insustituible es que “refuerzan los vínculos humanos, generan cultura y potencian las raíces valiosas sin las que las sociedades quedan desarraigadas”. En una sociedad que sobrevalora el consumo, el espectáculo, la frivolidad y el éxito efímero, no es fácil encontrar apoyos a los

valores formativos, no solo educativos, de las humanidades, que han propiciado importantes logros del saber; pero ello no justifica que la literatura, como las demás Humanidades, sea considerada en algunos ámbitos del poder un “lujo cultural prescindible”, pues es depositaria de conocimientos que debieran ser obligatorios en una sociedad de personas libres, juiciosas y críticas, al tiempo que es el mejor vehículo para satisfacer la necesidad que el hombre ha tenido de comunicar mensajes a los demás. Las pinturas rupestres, las inscripciones romanas, los pliegos de cordel medievales, la fotografía, el teletipo, la radio, el teléfono, la televisión, Internet o, por supuesto, el libro han permitido –y permiten– la comunicación de ideas, historias, noticias, aventuras o sentimientos. Pero solo la literatura ha hecho posible que nos emocionemos con historias, diálogos y poemas escritos en circunstancias muy distintas: sin la literatura hoy no conoceríamos el privilegio de algunos niños nobles de la España del siglo XIV a quienes les fue leído el *Conde Lucanor*; ni sabríamos que Cervantes dedicó casi todo su talento creativo a componer novelas, un género que, en su época, no aportaba ni dinero ni prestigio; o qué mecanismos se dispararon en las mentes de Quevedo y Góngora, dos ingenios creativos de la literatura de la Edad de Oro, para emplear muchas de sus energías en cruzarse violentos insultos en las más elaboradas formas poéticas ante las atónitas –y, a veces, regocijadas– miradas de escritores, artistas y políticos de la España del primer cuarto del siglo XVII; ni por qué los libros de aventuras “imposibles” de Julio Verne provocaron una importante conmoción social en su momento; o no comprenderíamos el grito de los escritores vanguardistas que, tras los desastres de la I Guerra Mundial, manifestaron públicamente su convencimiento de que la literatura ya no podía ser igual que antes; ni entenderíamos el “boom” editorial que se produjo con la aparición de las primeras novelas de García Márquez, Vargas Llosa, Carlos Fuentes o Julio Cortázar.

Pero la literatura, en muchas ocasiones, ha sido un instrumento que ha servido para adoctrinar, moralizar o enseñar modelos, sobre todo en la infancia y la adolescencia. Sin embargo, los lectores, con su aprobación o su rechazo, han seleccionado y, por tanto, perpetuado lo que más les ha interesado o gustado: ¿qué ha quedado hoy de todas

aquellas lecturas, como *La buena Juanita*, que, durante muchísimos años del pasado siglo sirvieron para transmitir a las niñas españolas un modelo de mujer sumiso y discriminado? Afortunadamente, muy poco; frente a ese modelo de niña, han pervivido otros, como *Pippi* o *Celia* –más recientemente, *Matilda*– en quienes se unen la imaginación, la espontaneidad o la ingenuidad de unas niñas que no terminan de entender el mundo de sus mayores. Lo mismo podríamos decir de lecturas de ámbito más general: los lectores han dado universalidad a la obra de Cervantes por su *Quijote* y no por sus composiciones líricas; o de la abundante obra de los místicos hoy valoramos y apreciamos, sobre todo, los poemas de San Juan de la Cruz.

La literatura es como un depósito universal que alberga la memoria colectiva, en la que se juntan historias y sueños, emociones y sentimientos, llantos y risas, luces y sombras, vientos y calmas, de escritores de todas las culturas y tiempos que quisieron que sus obras estuvieran siempre a disposición de todos los lectores, fuera cual fuera su época o su lengua: la literatura como depósito de vida y como memoria de las palabras. Por eso, los lectores –como los escritores– también han resultado peligrosos para los poderes autárquicos; libros perseguidos en algunos momentos de la historia de la humanidad han sido salvados por los lectores: recordemos cómo en *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, se ordena una quema de libros, pero unas pocas personas se esfuerzan por conservarlos en la memoria, recitándolos una y otra vez, de modo que no caigan en el olvido. La censura es consecuencia del convencimiento de algunos poderosos de que es necesario marcar la línea que separa la ortodoxia de la transgresión, la conformidad de la discrepancia, la afirmación del rechazo.

La humanidad debe reivindicar, a través de sus instituciones, la libertad de las personas en toda su dimensión, también la libertad para leer cualquier libro, porque es un derecho y porque, en muchos casos, se ha demostrado que es una forma de apartarse de dogmatismos y doctrinas impuestas, ofreciendo posibilidades múltiples de interpretación, al modo que cuenta Rabelais en *Gargantúa y Pantagruel*, cuando la sacerdotisa Bacbuc ofrece

vasos de agua a varios peregrinos sedientos, quienes al beberla no sienten estar tomando un líquido insípido, sino que cada uno de ellos percibe el sabor de su bebida favorita.

La literatura estimula la imaginación, desarrolla el pensamiento crítico y libre, aumenta el conocimiento y es una inagotable experiencia estética y creativa, tanto cuando nos habla de profundas tristezas, injusticias, muertes o desamparos, como cuando nos habla de alegrías y amores, o nos transmite consuelo. “Maestra, ayúdame a mirar”, es la conmovedora imagen con la que una niña uruguaya pedía ayuda a su profesora cuando la llevaron por primera vez a ver el mar.

Muchas veces nos preguntamos la razón por la que los gobiernos totalitarios de todo el mundo consideran que la literatura es una actividad peligrosa a la que intentan someter a un estricto control. Ese es el poder de la Literatura que, durante miles de años, ha sido inspiración e intérprete de importantes realidades históricas, culturales y sociales, con capacidad para proporcionar libertad personal, juicio crítico y opinión propia a quien practica asiduamente su lectura. Como ha dicho Emilio Lledó (2013: 17) “Durante siglos fueron los libros los vencedores del carácter efímero de la vida. Por eso también fueron tachados, prohibidos, quemados, por los profesionales de la ignorancia y la mentira.”

La buena literatura siempre nos enseña algo importante del mundo y de la vida con su capacidad para transformar lo cotidiano en extraordinario y lo extraño en familiar, pero el mensaje de una obra literaria no debe ser unívoco: debemos tener la impresión de que al leerla aprendemos, pero sin saber muy bien qué. La buena literatura siempre se impone a los dedos acusadores, a las delaciones, a los índices prohibitorios, a las persecuciones: es el triunfo del arte, de la belleza, de la escritura; es el desciframiento que la lectura literaria hace de la vida y que cobra todo su sentido en un cuento de hadas, una tragedia clásica, un romance juglaresco, una fábula, una novela picaresca, una comedia de enredo o un poema de amor.

## Bibliografía citada

BRADBURY, R. (2009): *Fahrenheit 451*. Barcelona: Debolsillo.

CORTINA, Adela (2013): “¿Es posible innovar en Humanidades?”. En *El País*, 15 de julio.

En línea: <http://lector.kioskoymas.com/epaper> [Consultado 17/07/2013]

LLEDÓ, Emilio (2013): *Los libros y la libertad*. Barcelona: RBA.

MANGUEL, Alberto (1998): *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza.

MARTÍN GARZO, Gustavo (2014): “Pequeña crónica de una coronación”, en *El País*, 28 de junio: 33.

MATA, Juan (2004): *El rastro de la voz y otras celebraciones de la lectura*. Granada: Universidad de Granada.

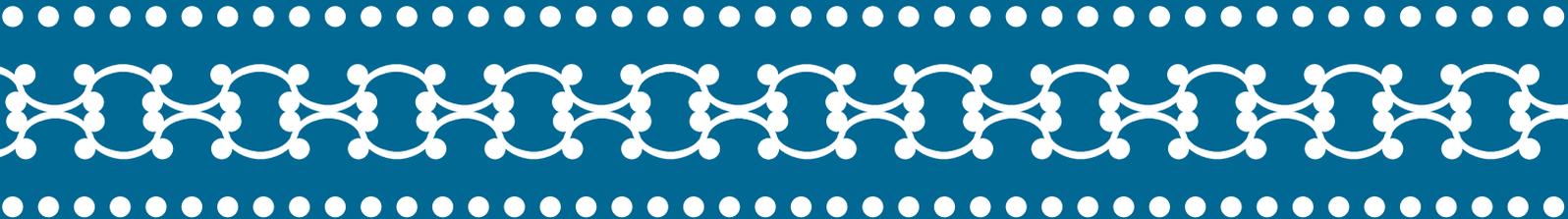
SIJIE, Dai (2001): *Balzac y la costurera china*. Barcelona: Salamandra.

Esta lección se terminó de imprimir en los talleres de la  
imprenta Trisorgar (Tarancón, Cuenca), el día 29 de septiembre,  
festividad de los santos Miguel, Gabriel y Rafael.









Ediciones de la Universidad  
de Castilla-La Mancha

